puestos y con que entendiera la misiva austera y grave del gran repúblico, tenía para medir el abismo hacia el cual lo llevaba su marcha entre flores y bambalinas preparadas, desde Veracruz a México.

Europa no conocía estos desafíos, los mismos de las Revoluciones inglesa y francesa no habían sido así. Algunos espíritus escogidos ya iban comprendiendo lo que iba a ser aquella lucha y quién era Juárez; otros, es lógico que lo tomaran tan a risa como pudo tomar Goliat la honda en manos de David.

XIII

HACIA EL FIN

Juárez marcha, marcha hacia afuera, de San Luis a Saltillo, de Saltillo a Monterrey, de Monterrey a Presidio del Norte. Vidaurri, el fuerte jefe norteño, lo desconoce y traiciona; muchas veces está a punto de morir; pero sabe que triunfará, lo ayuda su causa; se organizan ya mejor las milicias republicanas; lo ayudan también los errores de Maximiliano, de los reaccionarios y de los jefes franceses. En el campo republicano, Juárez es sólo él el director, su tenaz voluntad lo barre todo; en el imperialista hay un caos de contradicciones, de envidias, de suspicacias y de cambios de orientaciones, es «una casa sin cimientos ni puntales».

La profecía de Prim se cumple al pie de la letra; los franceses son los dueños del suelo que pisan; pero las guerrillas les pican la retaguardia, los sorprenden en las noches, se les aparecen entre las ciudades, les incendian los bosques, les envenenan las aguas y la enorme ganadería equina me-

xicana, los nerviosos caballos producto del arábigo español, transformado por el ambiente, son los mejores auxiliares de aquellos lanceros y *lazadores*, que por todas partes los acosan y cierran. Porfirio Díaz, desde Oriente; Corona y Rosales, desde Occidente; Escobedo, Zuazúa, Treviño y Naranjo, desde el Norte (cuando ya el preclaro Zaragoza ha pasado al paraíso de los valientes, luego de vencer el primero a la Intervención), Regulés, en el Sur, van dando forma regular a la enorme ola nacional de la defensa armada.

Morny, en tanto, quiere forzar a su hermano a que active la pacificación del nuevo Imperio; un gran Banco nacional, las minas de Sonora y los famosos Bonos, esperan de esa pacificación su auge; pero entretanto, en el Senado francés, Favre, Pelletan, Picard, Simón, logran numerosos votos para pedir que se abandone la empresa, y los Estados Unidos agudizan su oposición a la misma y sus simpatías para Juárez.

El patricio, entre tanto, camina con sus «inmaculados», preside sus consejos, y añora su hogar destrozado; sabe de sus pobres esposa e hijos pasando estrecheces en los Estados Unidos, pierde un hijo; sufre las terribles disidencias que le produce su necesario golpe de Estado, prorrogando el período presidencial; muere otro de sus hijos; todos los clavos de su martirio se van entrando para elevarlo más y más en una cruz, que será luego pedestal de victoria e inmortalidad.

Y continúa la lucha armada, ya con notorios éxitos republicanos y perfilándose personalidades militares de positivo mérito, como Porfirio Díaz, Ramón Corona y Mariano Escobedo.

Los imperiales, que no quieren creer en tanta firmeza de Juárez, lo trabajan por todos los medios, tratan de captarse a sus generales, y Maximiliano, engañado o engañador, lanza el 2 de octubre de 1865 un manifiesto dando por hecho que Juárez ha abandonado la partida, y salido del país, concluyendo que al desaparecer aquél, a cuya firmeza rinde respetos, sólo han quedado bandidos frente a sus propios partidarios.

Con tal precedente, sanciona Maximiliano el espantoso decreto de 3 de octubre de 1856, condenando a muerte con la simple identificación a todos los mexicanos republicanos apresados con las armas en la mano; decreto que Bazaine confirma, ordenando que no se hagan prisioneros. Maximiliano, al ser jugzado y aparecer tal decreto como uno de los principales cargos contra él, culpó al Mariscal de haberlo obligado a sancionarlo. Lo curioso es que el Conde de Keratry, tratando de justificar a Maximiliano, asegura que el pobre aventurero coronado creía con esas medidas seleccionar para su partido a los más elevados liberales y aun lograr que Juárez aceptara la jefatura de la Justicia Nacional.

Maximiliano, que ya era un símbolo de ultraje, una encarnación y un peligro para la patria mexicana, aún rescatada de su

aventura, por eso debía pagar con la vida su intentona; con ese decreto realizó la seguridad de su ejecución al caer en manos de la justicia nacional. Entre los mexicanos que tenemos el honor de descender de los que defendieron a su patria, muchos hay que contamos víctimas, ya no sólo caídas en la guerra de segunda independencia, sino ejecutadas por esa bárbara disposición.

El erario imperial estaba en bancarrota, y para la organización, que quería irse previniendo para cuando se retiraran los franceses, había mil dificultades por los celos de los primates y de los jefes militares y por los matices tan diversos de los políticos que influían contradictoriamente sobre el pseudo-emperador.

El año de 1886 se abre ya cargado de tormentas para el Imperio. Los Estados Unidos acaban su guerra y expresan a Francia su disgusto por la Intervención, «que consideran como una amenaza para nuestras propias instituciones republicanas». Sería estúpido negar la influencia de esta actitud norteamericana en la precipitación de los acontecimientos, tanto como sería injustísimo atribuir sólo a ella el abandono de la empresa por Napoleón y la caída del imperio. Napoleón ya estaba bien amenazado interior y exteriormente en Europa; nunca pensó en que su ejército quedara permanente en México y ya eran años los perdidos, millares las víctimas, enormes los gastos, nulos los frutos e incierto el porvenir. Por otra parte, si los republicanos regidos por

Juárez no hubieran sabido defenderse, hubiera sido inútil todo apoyo moral de los Estados Unidos. Juárez tuvo buen cuidado de no aceptar ni tratar siquiera de colaboraciones armadas que llegó a perfilar Grant, llamado «el invencible», buscando una solución al problema del destino de sus caballerías después de la Guerra de Secesión; aquél sabía bien que los pueblos que por sí mismos no se conquistan su libertad, ni la merecen ni la conservan. Si durante la guerra de Reforma, Juárez cometió el gravísimo error de proponer un tratado como el llamado Mac-Lane Ocampo, en esta nueva faz del peligro nacional nunca quebrantó su acierto en la política con los Estados Unidos, aceptó su actitud amistosa, como era lógico; pero nada les ofreció ni facilitó que encaminara en todo o en parte a sustituir la intervención europea por la yanqui, ya que si en esto caben medidas, para México era más repugnante ésta que aquélla.

El sabio historiador don Carlos Pereyra («Breve Historia de América». Aguilar. Madrid, 1930), que no es, por cierto, uno de los glorificadores incondicionales de Juárez, dice con razón a este respecto: «Los Estados Unidos veían con disgusto la tentativa de Napoleón; pero siendo sinceros, no podían suponer peligros trascendentales para lo único que les interesaba, que era su hegemonía continental. Esta no estaba seriamente amenazada por una potencia europea que carecía de elementos para perpe-

tuar una acción dominante. Pensar que los Estados Unidos se preocupasen por la independencia nacional de México, y por ella hubiesen luchado entonces, envuelve un desconocimiento absoluto de todos los datos de la cuestión. La Unión Federal norteamericana quedó reconstruída en abril de 1865, y los franceses no salieron de México sino hasta marzo de 1867. Durante este tiempo, la diplomacia de Wáshington obró activamente; pero siempre con precauciones para no complicar la situación.»

No escribimos la historia de la epopeya de la defensa nacional de México durante estos cinco años de prueba, y no podemos entrar en el análisis de cómo se fué estructurando un Estado a pesar de las soluciones de continuidad que formaban las plazas y regiones ocupadas por los imperialistas, Estado que llegó a tener las dimensiones de la misma nación; de cómo ese Estado tuvo, además de Ejecutivo, función legislativa, diplomacia hábil, justicia y finanzas; de cómo se fueron encuadrando en Ejércitos regulares masas armadas y volanderas hasta ir formando los Cuerpos de Ejército del Norte, Sur, Oriente y Occidente. Juárez fué la celdilla y el núcleo de esa consolidación, mientras de que el sueño de imperio iba rodando al abismo, a pesar de tener Corte, títulos, condecoraciones, saraos, ejército profesional, letrados brillantes, capital hermosa, residencias idílicas.

México tuvo la gloria de ser el país americano en el que se realizó la definitiva y categórica experiencia de la imposibilidad para un Ejército invasor de aplicar instituciones falsas y artificiales a una nación que quiere defenderse; en esto el caso de México fué la repetición del de España en Europa.

El 16 de febrero de 1865, tras de muchos antecedentes confidenciales u ostensibles, el Ministro francés notificó al Gobierno imperial el propósito definitivo de retirar el ejército expedicionario, fuerte entonces, de cerca de 50.000 hombres, y cesar toda ocupación. «Esta ocupación (decía el Coronel Margueritte, padre de los famosos escritores y gloriosamente caído después en la derrota de Francia el 70), que nos ha costado tantas vidas, tanto desgaste, tanto desprestigio mundial y en la cual hemos ido a dar con una raza que como estoica para morir deja muy atrás a los mismos orientales» (1).

Los franceses empiezan a retirarse hacia la costa, y Juárez avanza hacia el centro, del Paso del Norte a Chihuahua, de Chihuahua a Zacatecas, sin cejar un día, ni dudar un segundo.

---

(1) Casi todos los militares invasores que han escrito sobre el particular hicieron justicia a México. Así el Príncipe Bibesco, decía («Au Mexique 1862, Combats, etc.»): «La sola necesidad de defenderse ha revelado a esa nación el vigor asombroso de que era capaz. Nosotros le hemos enseñado a expensas nuestras el arte de hacer la guerra, ella ha sabido sacar de su patdiotismo y de la na-

En Europa, en tanto, la guerra austro-prusiana es con razón preocupación gravísima para Napoleón; se preparaba ya el gran desastre y «las banderas francesas ennegrecidas con la pólvora mexicana, iban de la tragedia de aquí a la de allá».

Maximiliano, ya sin brújula, no sabía qué hacer, mientras la ocupación dura, es rey de burlas y no sabe si gobierna él o gobierna Bazaine; forma un círculo político avanzado y llega hasta pensar en que su monarquía sea transición para volver con él mismo a la República, trabaja en el ánimo público la idea de que la solución Juarista pueda ser la intervención yanqui; pero se ve que no puede nada en esta senda por la actitud rectilínea de este hombre, y apremiado por Bazaine, que le exige la abdicación para salvar a Francia de una mayor responsabilidad, e imposibilitadas las maniobras para formar un ejército mercenario extranjero que sustituya al que se va, se agarra al fin a la raección absoluta, pareciendo que ya sólo busca un modo decoroso de acabar, cuando se arrepiente por ésta o la otra razón de seguir el camino de la retirada en el que llegó hasta Orizaba; lo cercan entonces los reactores militares y civiles y con ellos toma el camino de Querétaro hacia su fin, tan inevitable como cruel.

turaleza admirable de su jefe Juárez, esta gran virtud, la perseverancia en la lucha. Sus jóvenes Generales improvisados, sus legisladores brillantes y sus soldados sobrios e impasibles para la muerte, han sido conducidos por uno de los ejemplares más raros de hombres de Estado, el gran indígena que nunca dudó de su causa.»

Entretanto la pobre esposa de Maximiliano, que se dice le impidió que abdicara cuando Bazaine se lo insinuaba por encargo de Napoleón, diciéndole que un descendiente de Carlos V caía con su trono, sale para Europa, se entrevista con Napoleón, y al ver la actitud de éste, va al Papa y en pleno Vaticano pierda la razón al percibir sin duda el irremediable fin de su aventura.

El partido retrógrado, ya no el conservador, clava a Maximiliano en el trono vacilante y lo hace ir a la deriva hacia la catarata.

El Ejército francés se retira por fin en la primavera del año de 1867, dejando una proporción que espanta de pérdidas y desastres. Con razón dive Vigil: «La traición recibe así el golpe de gracia de la misma mano que había armado y besado en un momento de demencia. Pocos ejemplos se presentan de una venganza histórica más completa y más justa.»

Los jóvenes caudillos militares de la República, Corona, Escobedo, Porfirio Díaz, Guadarrama y tantos otros, avanzan en círculo sobre el centro del país formando una aurora de blusas rojas con sus guerrillas de «Chinacos». Y el Presidente del frac y la corbata blanca avanza en su negro coche de camino y con sus «inmaculados».

Napoleón, sin duda apretado por su conciencia, aún hizo presión sobre Maximiliano para que abdicara; se asegura que el mismo Juárez dió instrucciones de que si el pseudo-emperador huía, se le dejara bajar a la costa. Bazaine hizo por escrito la honrosa confesión de la fuerza nacional de México, asegurando que como soldado podía declarar que ni un ejército permanente de cien mil franceses podría mantener el Imperio en México. En una reunión habida en 14 de enero se planteó si debía o no defenderse el Imperio; todavía Bazaine expuso su punto de vista negativo por escrito, pero la crema de la reacción resolvió lo contrario.

El 3 de febrero el Mariscal, que haría tristemente célebre su nombre en la guerra francoprusiana, se despedía de México teniendo el cinismo de asegurar que «jamás Francia había querido imponer al país una forma de Gobierno...»

Maximiliano todavía pide consejo y Teodosio Lares, jefe de su Gobierno, le aconseja que abdique, pero ofreciendo a Juárez tales condiciones que hacían imposible el trato siquiera. Y así tiró su carta Maximiliano, que ya la había escogido al firmar el Decreto de 3 de octubre de 1865, declarando bandidos a los republicanos armados.

Bazaine todavía se retiró lentamente, a muy cortas jornadas, sea para indicar que no huía su poderoso ejército, que iba bien humillado y bien quebrantado, sea para instar a Maximiliano a arrepentirse y darle ocasión a acompañarlo.

Maximiliano entró entonces en plena demencia; una vez más se cumplió el aforismo y Dios enloqueció a quien quería perder. Con una mano escribe al ínclito Porfirio Díaz, el más brillante de los generales formados por la Reforma y la Defensa Nacional, el Bayardo mexicano de aquellos días, invitándolo a traicionar su causa, con la otra, teniendo a su lado al valiente y leal Miramón, se entrega al rencoroso sanguinario Márquez. La autoridad de don José Mía Vigil (1) afirma aún más que trata, por correo, con el nefasto Santa-Anna mediante su representante Meza, para que aquel viejo bribón, cargado de años y de responsabilidades, pudiera recoger la herencia, abdicando Maximiliano.

Los traidores dudan ya de Maximiliano y lo repudian; invitan a Miramón a derrocarlo, pero éste—que durante el término de su carrera había de realizar tantos actos gallardos para atenuar sus errores políticos—se niega noblemente y se prepara a morir como hombre y caballero.

Juárez está de nuevo en San Luis de Potosí; Maximiliano, ya con la vacilación del que va a hundirse, se encierra en Querétaro con 10.000 hombres de las tres armas, bien pertrechados y con defensas magníficas y deja en la capital a Leonardo Márquez, nombrado Lugarteniente Imperial.

(1) Obra ya citada, «México a través de los siglos».

Porfirio Díaz asalta y toma a Puebla el 2 de abril, abre así el Valle de México a la avalancha republicana; va sobre México, pero distrae tiempo y tropas para evitar que Márquez auxilie a Querétaro, y unido a los Lanceros de Occidente, que manda Guadarrama, bate a aquél y lo hace encerrarse en la capital.

Querétaro resiste sesenta días; en varias batallas parciales hay éxitos de sitiados y sitiadores; pero es indefectible la caída del Imperio en sus dos plazas cercadas; es el país el sitiador. «Miramón escribe páginas de honor para su equivocada vida, pues pudiendo escaparse no lo hace y busca caer con su Emperador y morir a su lado.

Se ha discutido sobre si Querétaro en el último momento cayó por asalto, por orden de Maximiliano o por traición de un jefe secundario; es un detalle para la Historia que no merma nada para la causa ni puede deshonrar más que al inculpado; el desastre era inevitable, haya sido la caída por entrega de Maximiliano, por traición de López o por el asalto parcial de un puesto.

A poco caía la plaza de México. El triunfo militar estaba consumado; pero la lucha de Juárez entraba acaso en el más difícil capítulo de su responsabilidad personalísima.

XIV

SABER USAR DE LA VICTORIA

Si difícil es vencer, más difícil es a las veces saber usar de la victoria. Al gran republicanismo mexicano que salvó a la patria y a su benemérito jefe, no han podido negárseles ni su devoción, ni su fe, ni su valor, ni su capacidad; por eso se les ha acusado principalmente de haber exagerado la aceptación del apoyo norteamericano frente al peligro europeo y de haber sido crueles a la hora del triunfo. Del primer cargo ya nos hemos ocupado, vamos a ocuparnos del segundo, que, en su principal manifestación, implica directamente a Juárez y sus facultades constitucionales de indultar.

Había leyes vigentes, que en aras de la defensa nacional establecían el castigo máximo contra los invasores extranjeros y sus auxiliares, su aplicación hubiera permitido en horas las ejecuciones de los jefes vencidos y, sobre todo, la del extranjero cabeza de la aventura.

Lejos de ello, se abre un juicio con todas